

Palacio de México

trucciones sólidas y multicolores que lo rodean. Sin duda para romper esta unidad de coloración su arquitecto M. Paulin ha levantado una pequeña galería de los colores nacionales, amarillo, encarnado y azul, adosada á su pabellón y en la cual se han colocado minerales de oro del Estado de Yuruary, en donde seis compañías explotan los terrenos auríferos. De estas compañías las más ricas son las tituladas del «Callao» y del «Callao bis;» un diagrama dorado, pirámide deslumbradora, figura su producción de 1871 á 1888, ó sea 120 millones de francos.

Muy cerca de allí, varios cráneos humanos de los diferentes tipos de las tribus indias de las orillas del Orinoco guarnecen los escaparates de una salita estrecha, en la que se ve también un modelo de necrópolis neo-colombiana, un sarcófago de corteza, armas, pagayas ó remos de indios guahibos, y hasta una corona de *uñas de jaguar*.

El centro del pabellón, con sus hamacas colgadas, es agradable de ver. Allí, junto á cacao y cafés, hay maderas magníficas, azúcar de caña que parece exquisita, un plano en relieve del puerto de la Guaira, y dominándolo todo un modelo de la estatua erigida á Bolívar en el campo de batalla de Boyacá.

De todos los pabellones americanos, el de México es el único que se recomienda por su carácter francamente indígena. Don Antonio Anza, que lo ha edificado, se ha inspirado concienzudamente en los restos de la arquitectura azteca. La escalera exterior tan empinada y los escalones tan estrechos que con dificultad se sube por ellos, re-

producen las escaleras de los antiguos templos por donde se precipitaba á las víctimas ofrecidas en holocausto á los dioses del sol y del fuego.

Construido de hierro y de palastro, con asuntos decorativos de zinc repujado, este espacioso y curioso edificio será desarmado y trasportado á México. Dos puertas de entrada dan acceso á los dos pabellones laterales separados por el salón central.

En el pabellón de la izquierda hay muchos productos de la industria mexicana, entre ellos anchos sombreros con lujosos cordones y sillas de montar de oro y plata, y además maniqués de tipos indígenas. En el pabellón de la derecha se ve una máquina para rayar cañones de fusil, un modelo de vía férrea para el transporte de buques cargados, herramientas agrícolas y mineras y una estatua elevada por la República á Miguel Hidalgo, «Padre de la Patria.»

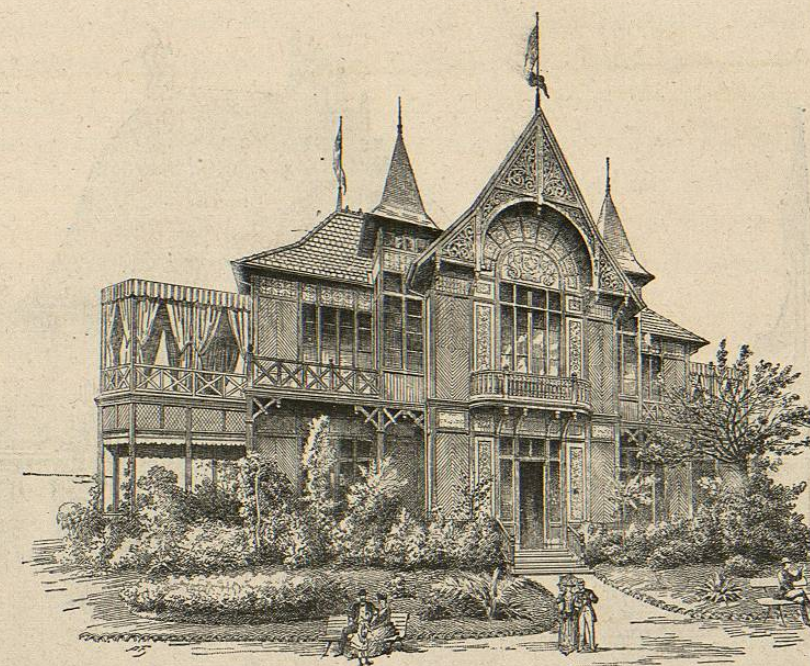
En el salón central, no muy oportunamente cortado por una escalera de doble rampa, se exhiben minerales de oro, plata y cobre, piezas de cedro de dimensiones colosales, una torre Eiffel de caoba, construída en México, en vista de una fotografía, por los operarios de una fábrica de cigarros; mármoles, cáñamo ó *ixtle* de magüey, el molde de algunos aerolitos y la reproducción del monumento elevado á Quauhtemoc, el Vercingetorix mexicano, uno de los héroes de la lucha contra Hernán Cortés.

En las galerías del contorno del primer piso hay muestras de vinos, cereales, tabacos, cueros, pieles de gamuza, algodones y muchas de ónices de colores claros. La era de los pronunciamientos que por tanto tiempo asolaron á la República, parece haber terminado en 1877 con el triunfo del general Porfirio Díaz, hoy presidente, sobre su contrincante Lerdo de Tejada. El país, reorganizado ya, tiene escuelas de toda clase, museos, gabinetes de historia natural y hasta algunos artistas que han enviado los cuadros que vemos en esta exhibición.

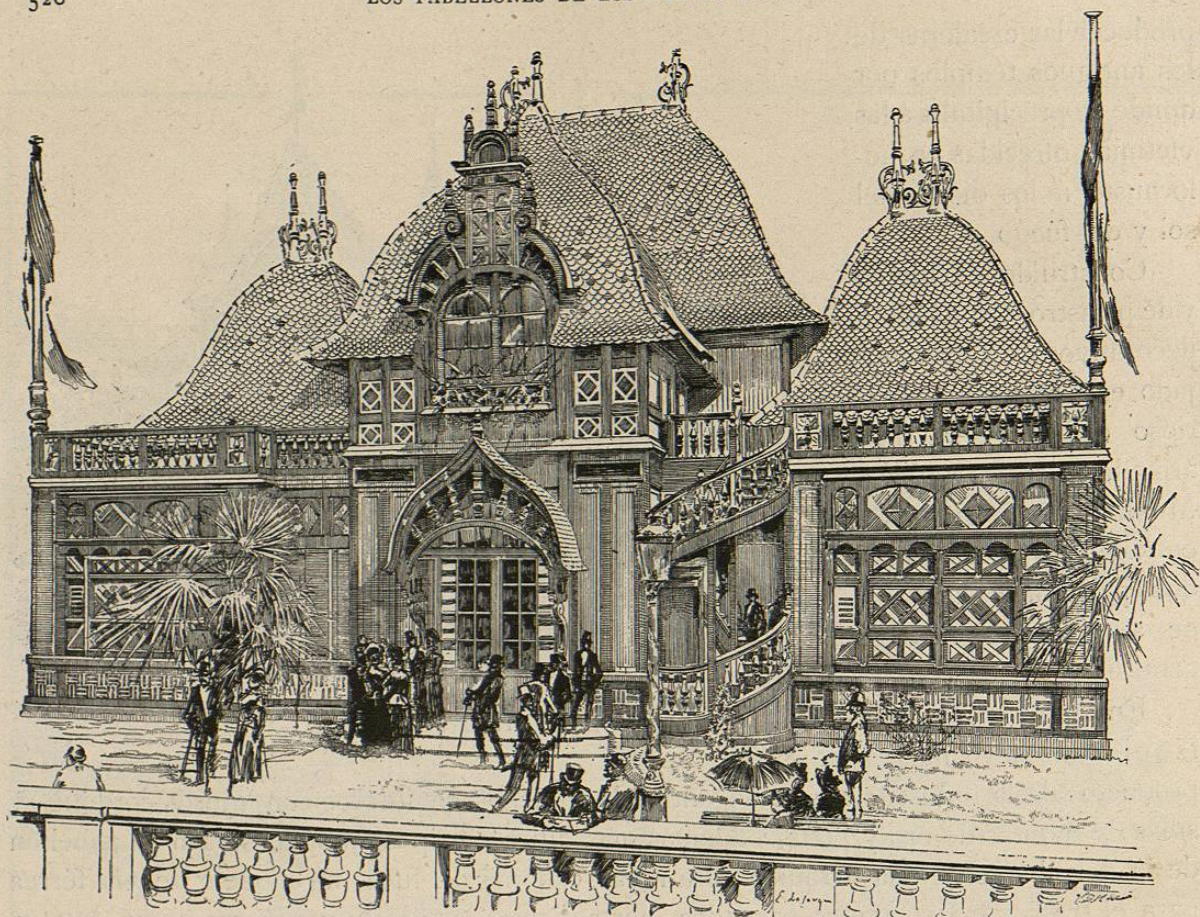
De las cinco Repúblicas de la América central, las de Nicaragua, Costa-Rica y el Salvador tienen sus pabellones alineados en la terraza de las Artes liberales.

En el elegante chalet de madera construído por M. Sauvestre, Nicaragua exhibe un plano en relieve de su canal interoceánico, que irá de Greytown en el Atlántico, á Brito, en el Pacífico, y tendrá 272 kilómetros.

El pequeño pabellón de la República del Salvador, con sus ventanas de rejas salientes y ventrudas y su fachada adornada con signos de la lengua sagrada de los antiguos conquistadores de la América central, contiene modelos de los principales monumentos del Salvador, una fea cama de madera y el retrato del presidente Menéndez por P. Des-



Pabellón de Guatemala



Pabellón de Nicaragua

tez. Café, cueros, minerales, y añil, como en todas partes. Señales particulares: guitarras, mandolinas, algunas pinturas sencillas y una preciosa mesa de varias maderas incrustadas, con incrustaciones de monedas de plata, regalada á M. Carnot.

En cuanto á Costa Rica, la más pequeña de las repúblicas centrales, pero, en igualdad de proporciones, la más progresiva y poblada, no está en su terreno. El pabellón, del que sólo ocupa una sala, estaba destinado á una Sociedad francesa que debe pagar una fuerte multa por no haberlo utilizado. Allí sólo se ven algunas muestras de maderas y de café.

Alejándose de la terraza de las Artes liberales para penetrar en la calle que va á parar á la del Cairo, encuéntrase el precioso chalet de madera en el que ondea la bandera de Guatemala. Esta República, que por sí sola tiene más habitantes que las otras cuatro juntas, presenta, además de los consabidos productos indígenas, como café, cacao, madera, añil, vainilla, tabaco, cochinilla y azúcar, una curiosa colección zoológica, muy rica en tapices, y arreglada como un diorama.

La exposición de Honduras consiste en dos modestos escaparates situados en el corredor que va á las Secciones extranjeras: Honduras y Haití exponen frente á frente sus bodegas llenas de los frutos odoríferos del café y del cacao.

Si Haití no tiene más que un escaparate, Santo Domingo se aloja en un pequeño chalet cuyas tejas encarnadas brillan á la luz del sol. Es la primera vez que la República dominicana figura en una exposición, y aparte de los productos indicados ya en su vecina insular, exhibe hermosa sal gema procedente de la montaña Merba, cacao y un boceto de la estatua de Colón, fundador de Santo Domingo, por M. E. Guilbert.

Antes de salir del Campo de Marte, daremos una ojeada al pabellón de Havai para

el adorno del cual, Su Formidable Majestad el rey Kalakaua y la graciosa reina Kapio-lani han tenido á bien desprenderse de algunos objetos particulares. Estos son, en primer lugar, el *kahili*, emblema de la monarquía, y luego una artesa de madera de dimensiones heroicas en la cual se prepara para el rey el manjar nacional havaiano. La reina ha prestado una «salida de baile» de plumas de aves, como no han podido imaginarla nuestras principales modistas. Finalmente, al lado de un armario monumental de madera esculpida, vemos vistas de volcanes en actividad, muchas lavas y algunas muestras de tabaco, azúcar, café, lana vegetal extraída de un helecho y harina de taro.

Pasemos sin transición inútil, á las exposiciones de los dos Estados del Sur de África, la colonia inglesa del Cabo y la República del Transvaal.

Esta última tiene un pabellón especial, construcción ligera y graciosa con sus rayas blancas y azules, sus delgadas columnitas y su galería exterior, y que es una copia de las viviendas europeas del país. La entrada está adornada con dos vigorosos jinetes, dos de esos enérgicos boers, labradores, pastores y soldados, que pelearon en 1877 con los zulú y que, después de tres meses de luchas heroicas, se emanciparon del dominio inglés en 1881. Gracias al descubrimiento de las minas de oro en 1885, la República está en plena prosperidad.

A algunos pasos de allí, el gobierno del Cabo invita á los visitantes á probar sus vinos secos ó dulces, les enseña sus lanas, sus pelos de cabras angoras de la región del Harao y plumas de avestruz.

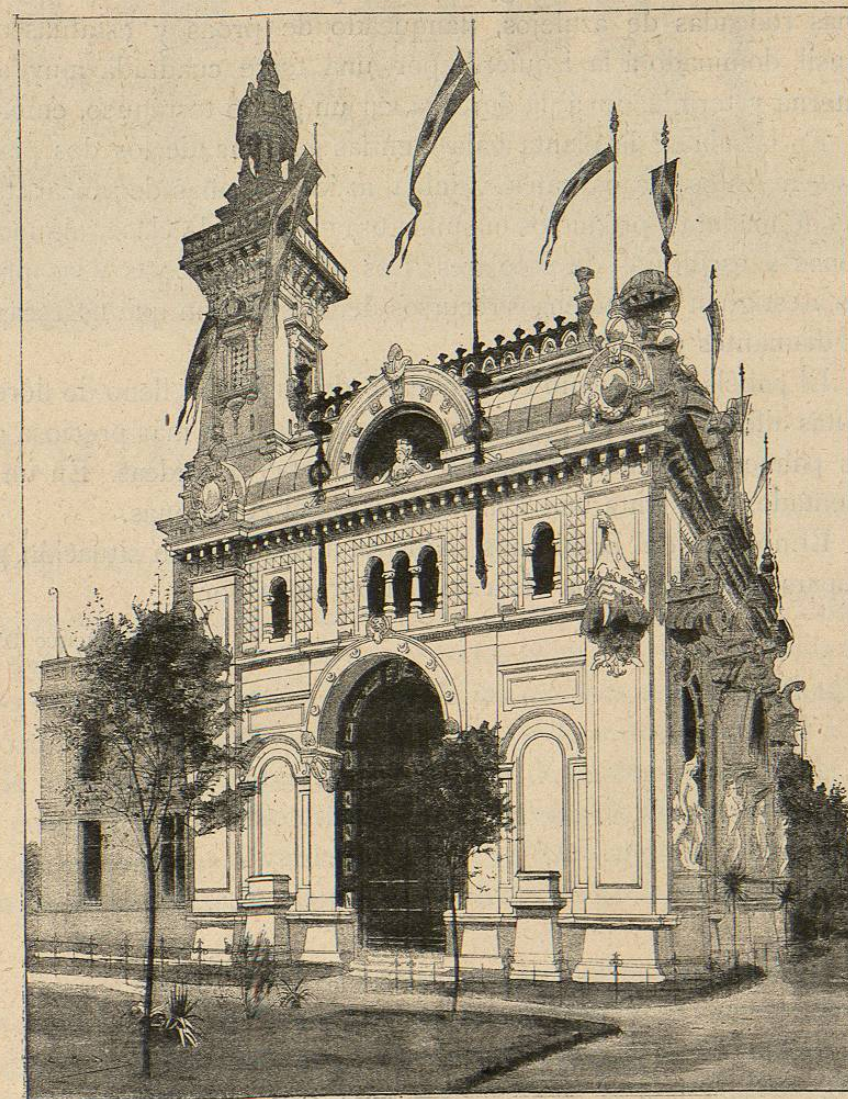
Los diamantes del Cabo ocupan un pabellón cerca de la galería de Máquinas. Allí se ha instalado un escaparate de hierro donde están amontonadas las piedras, en bruto ó labradas, una lapidería francesa de diamantes parecida á la de 1878, y una máquina de lavar la tierra diamantífera.

ALEJANDRO GEORGET

## II

### BRASIL

El Brasil es uno de los más hermosos países del mundo, y en especial las orillas del



Pabellón del Brasil. Entrada principal

caudaloso río de las Amazonas. Allí se ostenta la vegetación de los trópicos con toda su magnificencia y variedad. Árboles prodigiosos á los que se entrelazan enormes bejucos, y en cuyo ramaje entonan alegres cantos mil aves engalanadas con los colores de las flores y de las piedras preciosas. En el suelo, ó sobre nuestras cabezas fantásticas floraciones que rutilan en el primero ó forman caprichosas guirnaldas sobre las segundas, y hasta en la superficie del río, maravillas como la admirable *Victoria regia*, flor aterciopelada, inmensa y tan sólida que un niño se sostendría en su tallo.

¿Y Río de Janeiro? Una ciudad curiosa pero no bonita. Pobreza de monumentos verdaderamente notables; calles estrechas y mal empedradas, un palacio imperial muy feo, teatros é iglesias de mal gusto, y sobra de indios vistiendo ropas harapientas. Toda la población de Río de Janeiro parece eternamente dedicada á no hacer nada; verdad es que, según dicen los voluptuosos, la tierra es tan fecunda, que puede alimentar muy bien á sus habitantes.

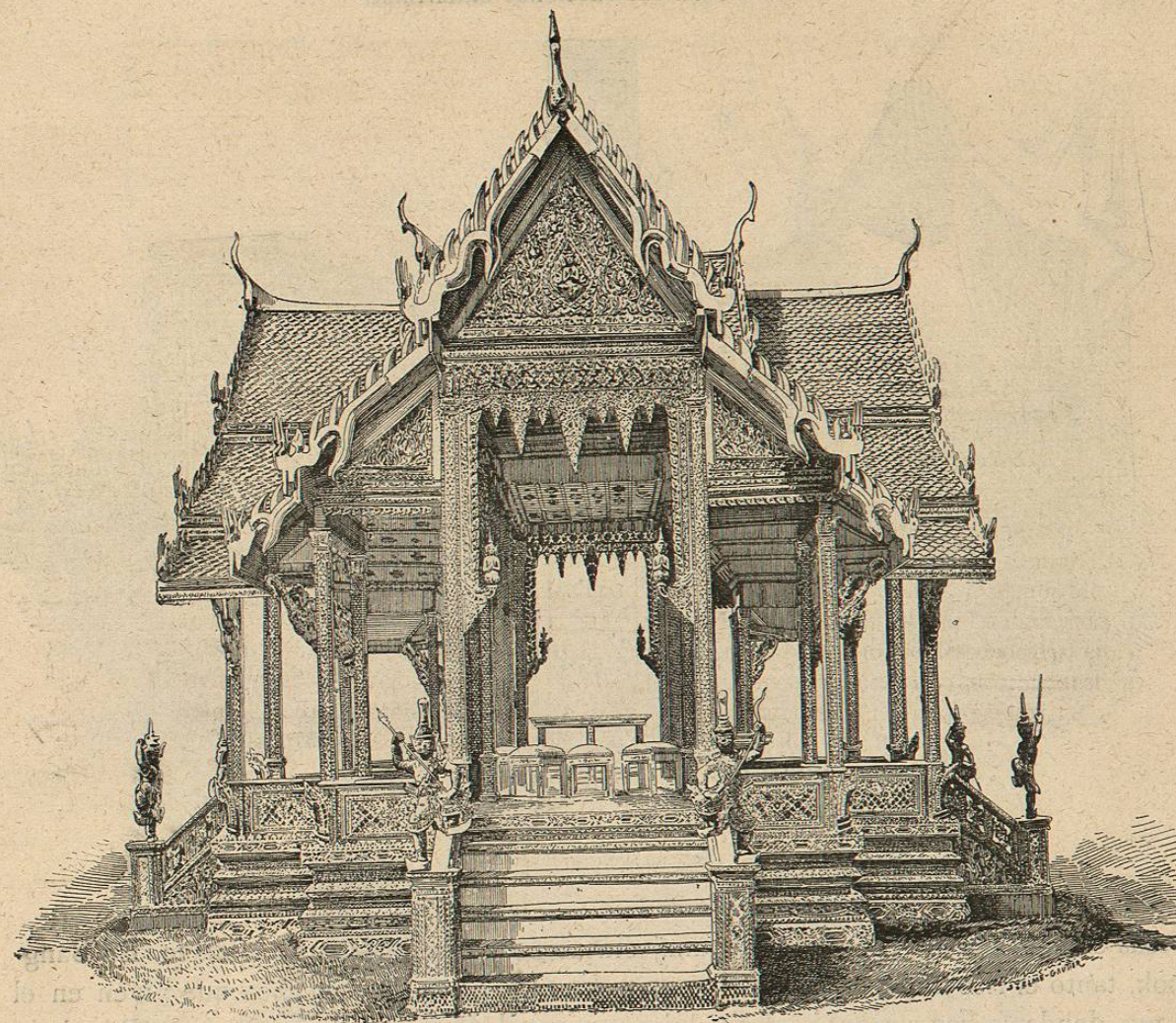
Pero olvido que estamos en el Campo de Marte y no al otro lado del Atlántico. El Brasil está representado por un pabellón bastante importante, pero desprovisto de todo estilo nacional. Construído por M. Dauvergne, arquitecto parisiense, tiene, si se quiere, cierta conexión con el antiguo estilo español. Es un cuerpo de edificio con anchas ventanas rodeadas de azulejos, flanqueado de proas y estatuas que figuran los ríos del Brasil, dominado á la izquierda por una torre cuadrada muy alta que remata en una linterna y terminado á la derecha en un globo terráqueo, emblema oficial del Imperio.

En la sala de la planta baja y en las galerías de los dos pisos, adornadas de flores, hay expuestos cacao, cafés, vainilla, azúcar y cañas de azúcar, tabaco, mármoles, muestras de maderas, productos manufacturados de toda clase, algunos cuadros bastante medianos y esculturas de escolares. Los envíos agrícolas y las primeras materias exhibidas atestiguan los inmensos recursos de un suelo en que no escasea ningún tesoro, ni aun los diamantes y el oro.

El pabellón brasileño está rodeado de un jardín lleno de flores exquisitas, con lindas grutas alfombradas de plantas exóticas, y la estufa más preciosa del mundo, orgullosa de sus palmeras, plátanos gigantes y vistosas orquídeas. En un estanque, debidamente calentado, se ostenta una *Victoria regia* del Amazonas.

El nombre del Brasil nos induciría á recordar su situación política, si fuese posible ocuparse de política á la vista de una hermosa flor.

FRANCISCO D'ERVY.



El Pabellón de Siam

## PASEO POR LAS SECCIONES ORIENTALES

I

SIAM. - JAPÓN. - EGIPTO. - PERSIA. - TURQUÍA.

...Nos habíamos sentado, mi amigo Roberto de V... y yo, no lejos de la Taberna Rumana, cerca de ese pabellón de recreo abierto por todos lados, en el que brillan las molduras doradas y los pedacitos de espejo, traídos de los jardines reales de Bangkok. Roberto había visitado el Siam como oficial de marina, y por lo mismo comencé á burlarme delante de él de aquella construcción extravagante de crudos colores, y de una riqueza de relumbrón, custodiada por ocho estatuas de guerreros de aspecto rudo y grotesco, con la cabeza y las manos rojas ó verdes; el conjunto tiene algo de fútil y chocarrero; diríase que es un pabellón de cartón dorado. El teniente de navío no me dejó continuar mi crítica.

— No te burles, me dijo; yo recuerdo con voluptuosidad las noches que pasé en aquel país á orillas de Mé-Nam, en cuyas aguas se reflejaba la luz de la luna; mientras que en la tierra y en los matorrales brillaban las luciérnagas como otras tantas constelaciones, divisándose á las pálidas claridades del astro la blanca silueta de los templos construídos en honor de Budha. El Mé-Nam (*Madre de las aguas*), eternamente surcado por nume-